

Culturas juveniles como aperturas de espacios, tiempos y expresividades

Los jóvenes procuran abrir espacios y tiempos distintos de los espacios y tiempos que dominan los adultos; y procuran relacionarse con formas comunicativas propias, tanto en el entorno físico (generalmente, urbano) como en el info-telemático. Para la generación y desarrollo de esas nuevas formas expresivas, aprovechan lo que les conviene de la cultura global y de las locales; de la comunicación de masas y de Internet; de los adultos y de los iguales, de las instituciones y normas sociales y de la posibilidad de transgredirlas.

Sobre los sujetos sociales que son jóvenes en los comienzos del siglo XXI, y sus manifestaciones culturales, deben estar operando las transformaciones y contradicciones de su época, que ya no son las mismas que operaron sobre quienes eran jóvenes cuando se produjo la transición política en España y que hoy están en edad de ser padres de los actuales. En este artículo se ponen de relieve algunas de las circunstancias que contribuyen a la búsqueda de espacios intersticiales y a la generación de códigos adaptativos.

Palabras clave: culturas juveniles, códigos híbridos, transformaciones, contradicciones, integración simbólica.

Introducción: Qué entender por “culturas juveniles”.

El término “culturas juveniles” es tan elástico, al menos, como el término “juventud”. Tan elástico como para llegar a incluir hábitos, gustos, consumos, o valoraciones que, en ocasiones, comparten padres e hijos; o, más genéricamente, individuos de distintas generaciones. En cualquier caso, la cultura de cada generación de jóvenes ha de tener muchos elementos comunes con la cultura de las anteriores, pues si fuesen radicalmente distintas, la convivencia sería imposible.

Se estudian las culturas juveniles de cada momento porque el control de la reproducción social requiere que, además de conocer lo que comparten, se conozca también lo que tienen de diferente los jóvenes actuales respecto de los anteriores, para así prever la clase de cambio social que se avecina, en el sentido expresado por Andrés Canteras en las líneas siguientes:

“De manera más pragmática, conocer el modo en que vienen configurándose socialmente las diferentes estructuras de sentido que presiden las actitudes y comportamientos de la población, y en particular de la población joven, como es el caso, permite a los poderes públicos actuar de modo más eficaz y precoz en la integración social y política de la ciudadanía del futuro a través del despliegue de políticas “más sensibles” dirigidas a procurar su integración y compromiso comunitario paliando con ello la inevitable

zozobra que se produce en la transición desde una sociedad tradicional a una sociedad progresivamente compleja, plural y diferenciada como a la que nos encaminamos” (Canteras, 2003: 15).

Lo que de diferente tengan los jóvenes actuales respecto de generaciones anteriores será fruto de diversas dinámicas históricas y sociales, pero también de la propia necesidad de abrirse espacio simbólicamente y hasta de crear y recrear los espacios físicamente, como ocurre cuando se okupa un edificio o se abre un nuevo bar para gente de determinadas edades. En este artículo sostenemos que cada nueva generación de jóvenes busca la manera de aprovechar lo que más les conviene de todo lo que encuentran a su alrededor (y hoy están rodeados de estímulos como nunca antes lo estuvieron), utiliza los intersticios de lo que ven establecido y, con materiales variados y de diversa procedencia, abre nuevas vías a fin de hacer con ellas lo que nadie había hecho hasta el momento.

La siguiente definición de Carles Feixas y Laura Porcio resulta apropiada para los objetivos del presente trabajo: “en un sentido amplio, las culturas juveniles refieren la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintivos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios intersticiales de la vida institucional”. (2004: 9)

De acuerdo con esta definición, desde ahora dejaremos de lado ese otro sentido más estrecho, que restringe las culturas juveniles a tribus urbanas; lo que siempre da una idea de entidades diferenciadas unas de otras, sin interacciones. Restricción que, además se completa con otra, que consiste en enfocar prioritariamente ciertos elementos de sus estilos de vida (por ejemplo, la conformación de bandas y los comportamientos violentos⁽¹⁾ ; o las prácticas y los consumos, principalmente de riesgo), en detrimento de otros como las expresiones y los significados que dan a ellas los miembros de tales tribus.⁽²⁾

Tan integrantes de las culturas juveniles como los estilos de vida creados por las modernas tribus urbanas o los propios de las más tradicionales pandillas, son los conocimientos, los valores o las manifestaciones de los jóvenes no integrados en grupos o asociaciones con reglas y rituales establecidos. De acuerdo con Félix Rodríguez, “la cultura no tiene una configuración monolítica e indivisible, sino que es algo divisible porque divisibles y diferenciados son los grupos humanos, en razón de la edad y la clase social. De ahí que en el término genérico de cultura juvenil queden subsumidas diversas subculturas, con diferentes modos de comportamiento y estilos de vida, y en continua interrelación dialéctica, como buscando legitimidad a su modo de ser” (Rodríguez, 2002: 20).

Quim Puig concordaba con la idea de la pluralidad, expresando que “existiría una cultura juvenil que agruparía diferentes subculturas con algunos elementos comunes a todas ellas y además con variantes específicas” (2002 a: 94). Entre tales elementos comunes, el autor mencionaba la relación con el consumo y adquisición de productos o servicios específicos que son vistos como juveniles, la naturaleza reactiva de la cultura juvenil (de negación y enfrentamiento de las normas, estilos y pautas del adulto) y su carácter fanáticamente emocional.

(1) Mientras escribimos este artículo Los Latin Kings se han convertido en organización cultural. La Organización Cultural de Reyes y Reinas Latinas de Cataluña se ha presentado públicamente en Barcelona mostrando su intención de “integrarse” en la sociedad catalana y promover la cultura latina.

(2) También en detrimento de la relación entre los sentidos que esas expresiones tienen para ellos (los sujetos jóvenes) y los sentidos que tienen para los adultos que ya no son jóvenes y, entre ellos, sus propios padres que, se supone, han hecho algo por insertarles en una cultura común.

Toda ellas son características que definen la cultura juvenil de una época que en los Estados Unidos y los países más desarrollados de Europa occidental ubicamos en torno a la década de los 60 y en España se observaron más tarde y de distinta manera, pues los movimientos de generación de alternativas culturales (en parte *progres*, y en parte *underground*) estuvieron marcados hasta final de los 70 por altas dosis de política militante (de oposición al régimen franquista y reclamación de las libertades que la dictadura negaba) y, a lo largo de los 80, por la evitación del compromiso militante y la búsqueda del placer en la vida cotidiana, “movida” de la que gozaron más que los nuevos jóvenes (muchos de ellos, desempleados o subempleados), quienes lo fueron en la etapa anterior y no renunciaron a instalarse en el disfrute (bastante frívolo y narcisista) de la nueva situación.

En nuestra época, las características definitorias de la cultura juvenil no pueden ser las mismas que eran cuando surgieron los movimientos contraculturales y *antiestablishment*, pues no experimentan las mismas necesidades los jóvenes cuyos problemas derivan de sus dificultades -materiales y culturales- para integrarse en el mundo adulto que aquellos otros que, estando integrados, sintieron el deseo de rebelarse porque les parecía preferible vivir de otro modo; o, al menos, imaginaban un tipo de sociedad distinta para el futuro.

Posiblemente, puestos a identificar elementos comunes en las creencias, valores, actitudes o pautas de conducta de amplios segmentos de la juventud actual, esos elementos habría que buscarlos más bien en los altos grados de incertidumbre, de indefinición frente al futuro, de alejamiento de toda idea de proyecto personal o colectivo y, sobre todo, de incredulidad respecto al orden social y sus normas. Pero ya no tanto porque estén en desacuerdo con ellas, sino porque perciben que tras la fachada de las instituciones y las leyes, hay otras fuerzas que rigen el funcionamiento de la sociedad de forma poco transparente, con actuaciones igualmente opacas, en muchos casos delictivas y, en no pocos casos, también impunes.

Las culturas juveniles pueden ser abordadas como formas de abrir espacios, tiempos y expresividades porque los jóvenes buscan la manera de habitar en ciertos lugares donde no están los mayores o las instituciones con sus normas, o están sólo lo justo para el mantenimiento de ese lugar cuyo uso pretenden decidir los jóvenes sin injerencias de los mayores; buscan la manera de llenar su tiempo, o más bien de matarlo cuando no tienen proyectos ni metas a largo plazo; buscan la manera de dotarse de identidad social, aunque, sin invertir tiempo y esfuerzo en su construcción, las identidades que presentan a la sociedad de los adultos están tan acotadas como los espacios y rutas que frecuentan (que se les deja habitar para no chocar con ellos).

En los grupos formales y en los informales, en las interacciones regladas y en las no regladas, al abrir huecos para sí mismos, los jóvenes no dejan de tener los pies en la tierra (entorno físico de personas, lugares, bienes materiales), por mucho que se asomen a otro espacios más nuevos, desconocidos o efímeros (entornos virtuales, donde encuentran otras relaciones, ilusiones, oportunidades). Sus códigos culturales (entre ellos, los lingüísticos) son fruto del aprendizaje de lo que sucede con lo que dicen y hacen en las circunstancias y situaciones en las que se ven metidos.

Circunstancias que contribuyen a la búsqueda de espacios intersticiales y a la generación de códigos adaptativos:

Habitar el “entre” puede ser característico de todo ser que evoluciona, en la medida en que nuestro desarrollo personal y colectivo transcurre en situaciones que podemos describir como transitorias o intermedias entre otros escenarios posibles. Ahora bien, por la propia naturaleza biológica y de maduración psíquica, quienes se encuentran entre la niñez y la condición de adulto que ya ocupa un lugar más o menos estable en la estructura social, son quienes más claramente experimentan (quizás gozan o/y sufren) las sensaciones y las incertidumbres de los tránsitos durante un período que en nuestra época se prolonga más que en todas las anteriores. Si, como internautas, se dice que los jóvenes *navegan* más que los mayores, por el tiempo que dedican a la inmersión (con rumbo o sin rumbo) por las aguas virtuales de Internet, como sujetos sociales, habría que decir más bien con Avello Flórez y Muñoz Carrión que *flotan* “en un fluido de posibilidades que les arrastran sin poder sujetarse a ninguna de ellas” (2002: 36).

En las páginas que siguen describimos algunos de las situaciones por las que se ven atravesadas las vidas de quienes en la primera década del siglo XXI son adolescentes y jóvenes en España y otros países europeos donde cabe encontrar circunstancias análogas.

1.- Entre la pertenencia a la cultura global y el refugio en las culturas locales.

El sistema de producción y consumo de masas son globales y generan una cultura fomentando la universalidad de las mentalidades, la homogeneidad en los gustos y los hábitos; en el plano del lenguaje, el reconocimiento de iconos, logotipos y, en general, los códigos generales⁽³⁾. Lo que no proporciona el consumo de masas, aunque la publicidad diga lo contrario, es precisamente la seguridad que promete, la tranquilidad, la estabilidad afectiva que dan los grupos primarios. El consumo, para repetirse, precisa que no se satisfagan las necesidades (o que se creen otras nuevas) que seguirá prometiendo satisfacer.

Frente a ese sistema de producción-consumo global, otras entidades trabajan en la defensa y construcción de identidades locales. Éstas requieren lealtad, docilidad, cohesión interior, compatible con la diversidad en el exterior del grupo. Cultivan la mitificación del arraigo y, en el plano del lenguaje, códigos tan particulares y diferenciadores de sus miembros como sea posible. Entidades (políticas, religiosas, culturales, etc.) que proporcionan a jóvenes y adultos la integración y la seguridad afectiva que el consumo no llega a proveer, pero al precio de aceptar el cerramiento axiológico, actitudinal y comportamental en los márgenes señalados por el grupo local.

Si la cultura global y el consumo de masas –aceptado por los jóvenes, sabiendo que la publicidad es una pregonera ilusoria que nada garantiza– produce (y requiere) un cierto grado de desarraigo, la cultura local mitifica (y, realmente, produce) los orígenes y eleva a los altares las diferencias con respecto a otros, hasta el punto –en el límite– de matar y morir por ellas.

Los jóvenes que flotan entre el deseo de tener lo anunciado en la sociedad de consumo y el deseo de ser aceptado, considerado, querido en el seno de una comunidad, se mueven entre dos abismos: el de la frustración, el gamberrismo y la anomia, por el imposible cumplimiento del deseo de tener –y el consecuente descrédito de la ideología de la igualdad– y el abismo que

(3)

La numeración de los platos en las cartas de los restaurantes o en las pizarras de las hamburgueserías, para facilitar las peticiones, con independencia de los idiomas respectivos de comensales y camareros, son parte de este fenómeno

conduce al ahogo en el microgrupo o –en el peor de los casos- al sacrificio que éste le exige. Los jóvenes franceses de los suburbios de París se precipitaron en el otoño de 2005 en el primero de los abismos; los reclutados por ETA y por el fanatismo islamista, han ido cayendo en el segundo.

Aunque no se llegue a tales extremos, cabe pensar que las mentalidades, expresiones y comportamientos de una mayoría de jóvenes se mueven entre dos mitos: el de una cultura global, en tanto que extiende sus tentáculos por los cinco continentes con la difusión masiva de sus productos (musicales, fílmicos, publicitarios, etc.) y el de las culturas locales (o tribales, si se prefiere), hacia las que se vuelve la mirada, (re)inventándolas y, probablemente, buscando la sensación de pertenencia a espacios seguros, si bien más cerrados que abiertos al exterior.

Los jóvenes que viven en España, como los que viven en Europa o en América, en general, y no sólo los integrantes de agrupaciones con una identidad social más o menos concreta, forman parte de la civilización occidental: se escolarizan, trabajan, consumen y se relacionan, en muchísimos casos, por encima de las diferencias étnicas, religiosas, lingüísticas o de origen territorial, con la libertad que permite el Estado de derecho, donde lo hay. Pero, a la vez, en los mismos países occidentales, y bajo la apariencia de la participación en una sociedad común, muchos jóvenes están nutriendo entidades locales, religiosas o étnicas, cuyos fines son opuestos a los de las instituciones y leyes que hacen posible su libertad de movimientos para crear estas otras formaciones e identidades.

Este fenómeno de conformación de identidades sociales específicas, que rompen el mito de la ciudadanía común o cultura global (como es sabido, generadora de inseguridad y frustración, para tantos jóvenes), pone en marcha: a) procesos de segregación, que ya están apareciendo en el espacio público, a veces de forma muy violenta y b) procesos de hibridación, de mezcla de culturas.

(4)

En estos casos, tiene plena vigencia la tesis de Mary Bucholtz: "los hablantes aún usan el lenguaje creativamente en contextos locales específicos para alcanzar objetivos particulares y sociales y, en el proceso, ambos, lenguaje y cultura, son reformados para fijar nuevas identidades localmente significativas". (2000: 282)

(5)

En el verano de 2006, poco antes de la detención en Londres de un grupo de británicos que pensaba hacer estallar aviones en vuelo entre Reino Unido y EE.UU., se conoció un sondeo cuyos datos reflejan el mayor distanciamiento del país europeo en que viven por parte de jóvenes musulmanes que por parte de sus padres. Uno de cada tres musulmanes británicos de entre 18 y 24 años declaró que preferiría vivir sujeto a la ley islámica a vivir sujeto a las leyes británicas.

a) En las grandes ciudades multiétnicas es posible observar que, además de agruparse por clase social o vecindad, los jóvenes se unen por grupos nacionales, étnicos o religiosos, con menos relaciones interculturales, en consecuencia⁽⁴⁾. Dinámica que puede dar lugar a estallidos de cólera, como vimos en París (por parte de quienes se sienten discriminados, pese a la retórica de la ciudadanía común), o actos de terrorismo suicida, como vimos en Londres (por parte de quienes no se sienten occidentales, sino en guerra contra Occidente)⁽⁵⁾.

b) La otra posibilidad es que se mezclen elementos de ambas culturas (global y local), con frecuencia quedándose con lo que más gusta o conviene de ambas. Mezcla potente que se manifiesta como apropiación de la cultura de masas que circula por el mundo entero, dándole aires propios de la cultura donde se sienten arraigados, y articulando elementos de una y otra para tener, como las jirafas, los pies en un sitio y la cabeza oteando un horizonte más amplio. Esta hibridación cultural se manifiesta, por parte de muchos jóvenes, en el uso de un conjunto de expresiones igualmente híbrido.

El columnista de The New York Times, David Brooks (2005) parecía sorprendido al conocer que había estrellas del rap en francés surgidas de entre los inmigrantes de la periferia. Lo cierto es que el hip-hop, descrito por Francisco Reyes en este mismo número, y su dimensión musical, el rap, se han extendido por todas partes como parte de una cultura global, que se

expresa en inglés, pero también en idiomas locales y en España se “aflamencan” en las composiciones de la joven jerezana Mala Rodríguez.

2.- Entre la vinculación a otros jóvenes y la reproducción del mundo adulto.

Las culturas juveniles suelen ser formas de protesta y distinción (huelga decir “simbólica”) frente a estilos de vida adultos e institucionalizados; a veces, mostrando oposición o desprecio (incluso odio, resentimiento o ira); a veces, creando nuevos estilos. Todo ello puede ser manifestado a título individual o en grupos muy informales, de vida precaria, además de serlo a título colectivo o en grupos organizados.

En los últimos años del siglo XX y primeros del XXI parece haberse agudizado la tendencia a la formación de pandillas (para no llamarle “bandas” por la carga delictiva del término),⁽⁶⁾ en cuyo seno se desenvuelven muchos jóvenes en el tiempo que les queda libre después de atender sus ocupaciones, si las tienen; o durante casi todo el tiempo, si no tienen actividades laborales o de estudio (los hay que tienen varias, los hay sin ninguna). Esa vida en y con la pandilla de iguales, lógicamente, incrementa entre ellos las interacciones (expresivas o no) y el conjunto de sus relaciones. En el límite, tales relaciones con sus pares podrían convertirse en exclusivas, con el consiguiente cierre al exterior, como señalaban Enrique Gil Calvo y Helena Menéndez (1986: 238):

“El problema no reside en que los jóvenes se relacionen más entre sí que con el resto de sus semejantes: el problema reside en que esas relaciones son *cerradas* al exterior, enquistadas, encapsuladas, encastilladas; y semejante cierre del grupo de pares *encierra* a cada joven en el interior del grupo, sin dejarle salir, estableciendo unas fronteras infranqueables que separan el confortable interior del grupo centrípeta del caos y las tinieblas exteriores, donde al joven le horroriza aventurarse”. De este diagnóstico se han cumplido ya más de veinte años, lo que debe hacernos pensar que no es una característica específica de la juventud actual. En todo caso, se habría fortalecido un fenómeno que ya era percibido por los adultos en anteriores generaciones de jóvenes.

El deseo y el esfuerzo por estar con gente de la misma edad ha sido característico de todas las épocas. Lo que podría ser específico de la nuestra es un reparto de funciones sociales entre adultos y jóvenes que no coincide con el reparto de épocas anteriores. Diferencias que se relacionan con circunstancias históricas, políticas, económicas, sociales o culturales de nuestro tiempo y lugar.

Muy probablemente, los adultos menos jóvenes siempre han visto en los más jóvenes cierta tendencia al gregarismo. Y esta apreciación ha podido ir consolidándose y naturalizándose en paralelo con dinámicas que contribuyen a ello y que también son conocidas: mejora de las condiciones materiales de vida, alargamiento de la dedicación a los estudios, postergación de la inserción en el mundo laboral y de la asunción de responsabilidades, etc. Todo lo cual ayuda a prolongar esa etapa de la vida -antaño más transicional- que llamamos *juventud*.

Algunas otras dinámicas de este gregarismo juvenil no son tan conocidas y tendría interés que se conocieran. Entre otras cuestiones, podríamos plantearnos las siguientes:

Si es cierto que el gregarismo juvenil en España se fortalece notablemente a partir de los años ochenta (cuando comienza una etapa de normalización

(6)

Lo que los propios jóvenes viven asumiendo su condición de víctimas, marginados o maltratados de la sociedad, la Policía y muchos adultos lo viven como un problema de orden.

democrática, una vez aprobada la Constitución y celebradas las segundas elecciones generales y las primeras municipales) convendría saber qué clase de puentes tendieron con los más jóvenes quienes habían luchado en la etapa previa por la conquista de la democracia y qué papel dejaron desempeñar a quienes venían detrás en la elección del rumbo que habría de seguir este país.

Si los jóvenes de los ochenta, encastillados en el interior del grupo de pares, hoy son adultos de cuarenta y pocos años y, al menos una parte de ellos, tienen hijos entrando en la adolescencia, de qué manera se integraron (si es que se integraron) en la sociedad general aquellos jóvenes que parecían tan encapsulados y cómo traspasaron aquellas fronteras tan infranqueables para aventurarse en las tinieblas exteriores. No menos interesante sería conocer si sus orientaciones educativas, sus actitudes y comportamientos actuales como padres ayudan a que sus hijos adolescentes estén más encastillados en el interior de sus grupos de pares o ayudan a que haya más permeabilidad entre el interior y el exterior de tales grupos.

Con el cambio de siglo, puede que estemos asistiendo a un mayor distanciamiento de gran número de jóvenes respecto de sus mayores, o, al menos, respecto del mundo (cognitivo, axiológico, normativo) de sus mayores, pese al mayor acercamiento y roce físico.

La convivencia prolongada en el hogar paterno (más bien materno) es, como se ha explicado en los últimos Informes Juventud en España (1996, 2000 y 2004), fruto de circunstancias objetivas que indican la clara dependencia económica en que vive la inmensa mayoría de los jóvenes, a pesar de sus deseos de autonomía. Se trata de una convivencia que garantiza unas bases materiales y afectivas muy necesarias para la construcción del sujeto, pero insuficientes por sí mismas para educar a los hijos, haciéndoles partícipes de un solo mundo. Ello requeriría tiempo, dedicación, ganas y competencia para socializarles; esto es, para proporcionarles una integración en un sistema simbólico, enseñándoles a asumir responsabilidades y acompañándoles en el diseño de planes de futuro.

La socialización de los adolescentes actuales es muy problemática y contradictoria: por un lado, se les deja solos durante largas horas, por la dedicación de los mayores al trabajo; por otro, en compensación, se les garantiza el cobijo afectivo y material y se les pagan muchas cosas que les mantienen entretenidos, pero que no aceleran sino que aplazan su autonomía. Ellos asumen que su inserción en la sociedad de los adultos va para largo y el intercambio de información y conocimientos sobre el mundo lo llevan a cabo con quienes están disponibles (colegas de ocio y medios de comunicación, principalmente) y con los artilugios que sus padres compran (por ejemplo, aparatos electrónicos, videojuegos, etc.), satisfaciendo así sus deseos inmediatos. Consecuencias de esa dinámica son una ampliación del espacio y el tiempo de la adolescencia, un mayor reconocimiento de sus iguales y un correlativo distanciamiento del mundo adulto.

Junto a las mencionadas circunstancias, provocadas principalmente por los adultos, el desencuentro entre unos y otros tiene que ver con el deseo de los jóvenes de tener un universo de relaciones que puedan sentir plenamente suyo, donde se hallen seguros, donde la integración sea completa y estable y se obtenga de inmediato. Es lo que encuentran en el grupo de pares. A la vez, desde los adultos y las instituciones sigue formalmente anunciada una

integración social a largo plazo como un premio que se gana estudiando durante mucho tiempo lo que muchas veces no entienden por qué habría de interesarles, ni les garantiza un aprendizaje que sea trampolín para un empleo socialmente bien valorado. No cabe extrañarse de que se aferren a la primera y muchos de ellos vean la segunda en un horizonte que se aleja indefinidamente.

No es que se empeñen en inventar un mundo propio sólo por oponerse, rebelarse o rechazar la sociedad adulta, como se ha dicho tantas veces. Si se aferran a la integración inmediata del grupo de pares, en buena medida, es porque la sociedad contemporánea les facilita la permanencia en un “mundo juvenil” (mitificado por los adultos) más que una progresiva entrada en la estructura social con posibilidad de hacerse oír y participar en la toma de decisiones. Es difícil que perciban un camino claro de integración entre los adultos. Si ese fuera un objetivo de los poderes públicos tendrían que diseñar políticas para que los jóvenes supieran qué pueden ser y hacer en la sociedad; y para que tuvieran confianza en que los mayores y las instituciones les ayudarán a encontrar un lugar en el mundo y un sentido a sus vidas.

Los que sí diseñan estrategias de acompañamiento constante a los jóvenes son los empresarios de los medios de comunicación. Guste o no, tanto el uso de los Medios de Comunicación de Masas (en adelante, MCM) como el de las actuales Tecnologías de la Información y la Comunicación (en adelante, TIC) son elementos sin los cuales no entenderíamos lo más característico de las manifestaciones culturales y los códigos expresivos de la juventud actual. Los primeros, porque sus productos son proveedores de modelos de conducta, valores, etc. y, por tanto, conformadores de una cierta socialización, aunque distinta de la que proporcionan los padres y el sistema educativo; las tecnologías más recientes, entre otras muchas razones, porque son facilitadoras del contacto continuo con amigos, conocidos y desconocidos con los que encuentran alguna afinidad. Una proporción importante de las interacciones comunicativas con ellos se lleva a cabo mediante el uso de instrumentos técnicos, sin que por ello deba interpretarse que los jóvenes, en general, prefieren la comunicación tecnológicamente mediada a la que no lo está, pues siguen primando las relaciones interpersonales “cara a cara” sin instrumentos de por medio.

3.- Entre la comunicación de masas y la comunicación en red.

Los jóvenes participan de las culturas tecnológicas contemporáneas hasta tal punto que se ha convertido en lugar común identificarles con el sector que constituye la avanzadilla en la utilización de las actuales redes de comunicaciones y, en general, el manejo de tecnologías que permiten la circulación de expresiones digitalizadas, la interacción inmediata entre los usuarios, por más alejados que estén, o el acceso a datos, películas, canciones, etc. que se cuelgan en la red.

Las últimas generaciones de jóvenes del siglo XX ya no han conocido la radio y la televisión de las décadas anteriores, que socializaban uniformizando,⁽⁷⁾ sino la de varios canales y emisoras de radiodifusión, la del satélite y el cable, y, en muchos hogares de clase media y media-alta, la recepción individual en el dormitorio. El mismo dormitorio donde tienen entrada también otros equipamientos que permiten grabar y oír música y, últimamente, chatear con los amigos.

(7)

También democratizando, en tanto hacían partícipes de la información pública a un espectro de ciudadanos mucho más amplio que la cultura de élite; y, por otra parte, la carestía de los aparatos y la escasez de canales casi obligaba a una recepción compartida y comentada en sociedad.

La diversificación de las comunicaciones (canales, dispositivos tecnológicos, etc.) corre pareja con otras manifestaciones culturales. Por ejemplo, se introducen más sutilezas discriminativas en las formas de vestir, más tribus urbanas caracterizadas por indumentarias particulares, nuevos estilos musicales, distintos tatuajes, piercings, etc.

En el orden de los sistemas comunicativos, el paso de un siglo a otro ha coincidido con la transición entre un período en el cual la producción de comunicación pública corría a cargo fundamentalmente de emisores profesionales y cuya actividad estaba institucionalizada y otro en el cual los productos comunicativos son elaborados y publicados con independencia de que lo hagan o no profesionales socialmente legitimados para ello y al margen de que su actividad esté o no regulada institucionalmente. La situación resultante es de más variedad, más libertad de expresión y recepción, pero también más desconcierto e inseguridad. Justo lo que menos necesitan los jóvenes que no pasan mucho tiempo con sus mayores.

Las transformaciones mencionadas correlacionan con otras de carácter técnico (digitalización, interactividad, etc.) que, a su vez, han abierto y continúan abriendo posibilidades de: combinar formas expresivas (textos orales y escritos, imágenes fijas y en movimiento, música, etc.); hacerlo público de modo inmediato, para gente que se encuentra en los puntos más alejados del planeta; o acceder, también de manera inmediata, a una cantidad de producciones informativas infinitamente mayor que las que ponen en circulación las llamadas “industrias culturales” o del entretenimiento. Con todo ello, se dispone de innumerables relatos con una inmensa variedad de estilos narrativos y visiones del mundo. Todo, menos historias y explicaciones lineales.

Los contemporáneos del PC (principalmente, los de clases medias) han ido apropiándose de las tecnologías a su alcance hasta llegar a la incorporación naturalizada que conocemos hoy, cuando las TIC se cuelgan o se meten en el bolsillo al salir de casa, como la cartera. O como parte de la cartera, que ya está siendo ocupada con documentos digitalizados de identificación personal. Para la generación juvenil nacida con la tecnología digital,⁽⁸⁾ el móvil, el portátil o el ordenador de bolsillo son otros tantos identificadores de los sujetos.

Ahora bien, la apropiación no consiste tanto en llevar los instrumentos a todas partes, como en usarlos con soltura, potenciar e incluso privilegiar usos no previstos inicialmente de estos instrumentos: el móvil para escribir, el PC para archivar documentos, oír música, hablar o ver televisión, transformando con ello, como es natural, las formas de llevar a cabo estas actividades: en general, en el sentido de hacerlo cada vez con más libertad, en una mayor variedad de tiempos y espacios, y de forma más personal (compartida, pero ahora por la voluntad de intercambio, no por la recepción masiva, como ocurría antes con la radio y la televisión)⁽⁹⁾. Apropiación y evoluciones que no pueden atribuirse en exclusiva a los jóvenes -y, menos, a todos los jóvenes-; pero, sin duda, son elementos constituyentes de las actuales culturas juveniles.

La forma en la que los jóvenes participan de esta cultura tecnológica es continuación del modo en que utilizaban los medios audiovisuales: antes de que se usaran los ordenadores y los móviles de forma intermitente, ya se usaba así la televisión (zapeando con el mando). Ahora, se instalan aplicaciones o actualizaciones, al tiempo que se descarga una película, se

(8) El nacimiento del PC se data en 1981.

(9) Cambian todas las mencionadas y algunas más relacionadas con ellas; entre estas transformaciones, tiene especial interés la nueva importancia cobrada por la escritura.

escucha música, se retocan fotos, se percibe la llegada de un correo electrónico o de un mensaje en el celular; todo lo cual puede ser interrumpido (pero no lo es necesariamente) si hay que atender una llamada telefónica o el aviso de un amigo dispuesto al chateo. Se sospecha, con razones más o menos fundadas, que su atención a cada cosa ha de ser necesariamente resbaladiza, superficial, puesta al servicio de esa finalidad primordial que es estar on line, conectado.

El SMS, inicialmente pensado para avisos de contestador, se convirtió en el principal factor propulsor del teléfono celular por ser la modalidad más económica de interacción comunicativa. El éxito de la mensajería instantánea también ha sido espectacular: España es el país donde se usa por parte de una proporción mayor de internautas (62,6%, según datos de Nielsen / Notratings de mayo de 2005). Para los jóvenes -y especialmente para los adolescentes- es una forma de seguir con los amigos después de meterse en casa: mirar quiénes están disponibles de entre sus “contactos” y charlar confidencialmente con quien se desee es un hábito ya consolidado y casi imprescindible para buena parte de ellos.

Con todo, los jóvenes españoles suelen considerar la mensajería instantánea -y, por supuesto, el chat y el correo electrónico- modalidades de comunicación más distantes e inauténticas que la conversación cara a cara. La mensajería les resulta utilísima con quienes están lejos, quienes no pueden salir o, en ese momento, no cuentan con saldo en el móvil.

La atracción que ejerce la mensajería instantánea y la interactividad, en general, forma parte de las causas que contribuyen a la progresiva sustitución de una pantalla (de TV) por otra (de PC).⁽¹⁰⁾ La situación actual no es de abandono de la televisión, pues no han dejado de verla, sino de un reparto del tiempo disponible entre la atención a un aparato (el televisor) frente al cual sólo asumen el papel de receptores y la utilización de otros (ordenadores, consolas y móviles) con los que son protagonistas y toman decisiones sobre cómo ha de continuar lo que aparece en pantalla, sin que otros adultos con más preparación les hayan alfabetizado en el manejo de estas tecnologías.

4.- Entre el mandato de obedecer y el mandato de distinguirse. La salida discursiva con las actuales modalidades de comunicación.

Los MCM dejan caer ideas contradictorias que convierten en imposible el conocimiento racional del mundo y el mantenimiento de valores y modelos referenciales de conductas, pues en ellos se muestra el castigo que recae sobre quienes no respetan el sistema normativo (por ejemplo, la pérdida de puntos para los conductores que infrinjan el código de la circulación) y, a la vez, el reconocimiento social, la fama y los laureles conseguidos por otros que, en algún momento, se han tomado la libertad de saltarse las reglas, usos y costumbres establecidos.

Por un lado, Los MCM asocian la seguridad y el afecto garantizado del grupo a quienes obedecen disciplinadamente y se comportan según los mandatos de las leyes y las instituciones. Por otro, su programación está repleta de casos de gente especial (superdotados, superatractivos, superviolentos, etc.). La radio y la televisión, por ejemplo, nos piden una conducta regular y repetitiva (“continúen con nosotros”, “no se marchen”, “enseguida volvemos” o “mañana les esperamos a la misma hora”), a la vez que hace famosos a quienes han destacado en algo y, por tanto, se han convertido en diferentes, probablemente habiendo dedicado poco tiempo a los MCM.

(10)

Tampoco los operadores de televisión producen programas de éxito para jóvenes.

Martín Serrano describió esta contradicción de la cultura contemporánea en *La mediación social* (1976). Avello Flórez y Muñoz Carrión (2002) lo hicieron por su parte desplegando su contenido en tres mandatos. Los dos primeros, resumidos en los términos “obedece” y “sé tú mismo” (es decir, no obedezcas mucho, si quieres tener una identidad que te distinga) y “un tercer mandato compulsivo que cierra el campo de su posible superación: el que les retira la palabra para tratar a la juventud siempre como objeto de deseo, pero nunca como sujeto de la comunicación” (2002:41).

Ese tercer mandato sigue operando en los grandes MCM (aunque aparezcan muchos jóvenes y, sobre todo, mucha *juvenilización* en los medios audiovisuales), pero no en las redes de internet y la telefonía celular, donde puede encontrarse cualquier cosa menos el silencio de los jóvenes. Ello no indica, sin embargo, superación de los contradictorios mandatos emanados, principalmente, de las industrias culturales. Y menos aún, una superación por el recurso al *logos*, por la producción de discursos razonados.

La mayoría de los jóvenes emiten señales verbales y no verbales que, para sí mismos y para otros, son indicativas de cómo son y cuáles son sus preferencias, fundamentalmente en cuanto a prácticas de ocio y consumo. Sólo una minoría es capaz de enunciar discursivamente cuál es el sentido que encuentran al conjunto social y el lugar que ocupan ellos en ese conjunto.

¿Qué clase de códigos emplean los jóvenes en la producción de expresiones? Lógicamente, los que conocen y les parecen adecuados para lograr los objetivos que se proponen en cada interacción y contexto comunicativos. Unas veces, los de la escritura reglada, mejor o peor aprendida en las instituciones educativas o con la lectura de materiales impresos; otras veces, los de los medios audiovisuales (fotografía, radio, cine, video), en la medida en que hayan aprendido su manejo y dispongan de los recursos,⁽¹¹⁾ unas veces, códigos más universales, con los que se viaja, se intercambia información comercial o se consume en cualquier parte del mundo; otras veces, códigos más particulares o restrictivos, creados ex profeso para regular las comunicaciones en el interior de un grupo de pares.

La ocupación de los espacios comunicativos que se han abierto por internet (al principio, sólo con intercambio de textos escritos) y la telefonía celular (inicialmente, para hablar y después, para enviar y recibir mensajes) ha implicado una cierta recuperación y revalorización de la escritura, como puede observarse con el éxito de los *blogs* o bitácoras personales (y, desde luego, un exceso de ruido informativo / opinativo). Pero también un refuerzo del habla más que de la lengua, aún en la expresión escrita, pues los mensajes cortos de los celulares, la mensajería instantánea, los chats, los foros y no pocos correos electrónicos “suenan” a modos de hablar compartidos en una comunidad de intereses y emociones, más que a redacción cuidada morfológica y sintácticamente.

Tales modalidades de escritura están próximas a la oralidad, como sucede en el cómic, valorado como género menor (muy menor) de literatura popular. Al igual que el cómic, combinan la imagen y la palabra. Pero la palabra más coloquial, más informal, más alejada de los cánones gramaticales. Como el cómic de hace treinta años, tienen algo de fenómeno contracultural.

No obstante, desde el punto de vista de la preocupación despertada entre los mayores, las voces de alarma que se están manifestando son más abundantes con respecto a los SMS, la mensajería instantánea y los chats

(11)

La información periodística nos ofrece últimamente noticias sobre prácticas fotografías y videográficas de adolescentes que se entretienen propiciando una paliza a un indigente y grabándola con su móvil.

que lo fueron con respecto al cómic, quizá por el hecho de que, en este último caso, los jóvenes podían ser afectados por el lenguaje utilizado (en realidad, los niños y adolescentes han leído siempre tebeos, pero los cómic con expresiones procaces o malsonantes eran leídos por una minoría). Sin embargo, en el caso de los SMS, la mensajería instantánea y chats, no es posible verles como “receptores”. La hipótesis de un efecto de empobrecimiento lingüístico de los usuarios y perjuicio para la lengua, en general, deriva de la observación de que los códigos no sancionados por la Real Academia de la Lengua son profusamente usados por la generalidad de los que poseen teléfono móvil o tienen acceso a internet.

Ya no puede decirse que haya un “silencio” de los jóvenes (ni el sistema social lo necesita), sino más bien un contacto fluido, permanente y vital, que muchos sienten imprescindible como el agua para mantenerse a flote. Ahora bien, por mor del mantenimiento del contacto, ha aflorado una gran capacidad para manejar expresiones de naturaleza diversa y en contextos variados.

Precisamente, muchos adultos (progenitores, profesores y otros agentes sociales) advierten del traslado a otros contextos más formales de los códigos disortográficos empleados en los contextos informales. Con independencia de que realmente pueda observarse o no ese contagio, o de la magnitud que tenga en estos momentos, la advertencia, la alarma y el temor de muchos adultos refleja, en muchos casos, su desconocimiento de unos códigos movedizos, cuyo aprendizaje requiere tiempo y esfuerzo. Y tal vez sean, en efecto, más inestables de lo que sería necesario para que hubiese un mejor entendimiento entre quienes incluimos bajo la categoría lingüística de “los jóvenes” y el resto de la sociedad.

5.- Entre la escuela obligatoria y la escuela desbordada.

Se vuelve la mirada (con media esperanza) hacia la educación y sus instituciones cada vez que se piensa que niños y adolescentes están desprotegidos frente a la influencia –no siempre positiva– de elementos externos a la familia y los centros escolares. Esos agentes (amigos, medios de comunicación, productores de videojuegos, etc.) que, para el joven o la joven que quiere llenar su tiempo libre, aparecen, con frecuencia, como más disponibles que los padres o hermanos mayores.

A la escuela se le asignó la función de educar a niños y adolescentes en las destrezas que deben adquirir para asumir más adelante una tarea laboral, así como en los valores y normas que pautan los comportamientos de los individuos en sociedad.⁽¹²⁾ Como es natural, para cumplir bien su papel, la institución escolar debe adaptar los contenidos y los procedimientos de la educación a las diferentes coyunturas sociales. Por esa razón, se le vino pidiendo durante años que enseñara a los alumnos cómo enfrentarse a los medios de comunicación escritos y audiovisuales, con el fin de que no estuvieran inermes en su recepción, supieran leer, escuchar y ver sus relatos, valorar con criterio los productos que ofrecen los medios de masas y aprendieran los rudimentos de su manejo. Una alfabetización mediática que difícilmente puede lograr la escuela con los recursos materiales y humanos que se ponen a disposición de los centros escolares.

Con la difusión de los ordenadores y el crecimiento exponencial de las redes de intercambio informativo, han aumentado las necesidades de los centros y las demandas de que asuman también la enseñanza, o más bien, la orientación de un aprendizaje, que, de cualquier manera (en todos los

(12)

Son pautas contradictorias las de la escuela, cuya finalidad es la formación de ciudadanos, y las del mundo empresarial, cuyo objetivo es la obtención de beneficio: en la primera les motivan para que participen, aprendan jugando, se integren en grupos, expresen libremente sus opiniones, etc.; en el segundo encuentran precariedad, inestabilidad, competitividad entre los empleados, nulas posibilidades de manifestar sus puntos de vista y, menos aún, de participar en la toma de decisiones.

sentidos de la expresión) se está llevando a cabo fuera de la institución y al margen de todo control y regulación: el aprendizaje de códigos y estructuras narrativas, que ya no son ni los de los medios escritos ni los de los medios audiovisuales; el aprendizaje de nuevas modalidades de comunicación (chat, mailing, foro, weblog, etc.) donde la participación de los usuarios no puede estudiarse con las categorías de análisis de la comunicación de masas.

Las instituciones educadoras ponen en marcha procesos socializadores para unos individuos (niños y adolescentes, de forma obligatoria) sobre cuyas mentalidades, además de los padres y otros familiares, intervienen los amigos y conocidos de los entornos físicos cercanos y conocidos, pero también de otros desconocidos; intervienen medios de comunicación locales o regionales, pero también empresas informativas ubicadas no se sabe dónde o, simplemente, cualquiera que tenga la voluntad y la capacidad de escribir (o fotografiar, o grabar audio o video) y “colgar” el documento en internet, sin que pueda evitarse que lo haga un psicópata, un visionario o un traficante de pornografía infantil.

Cómo afrontar el desafío de contrarrestar –si es que se trata de eso– las influencias de tales intervenciones producidas por agentes cuyo fin no es educar, pero que proporcionan a los adolescentes visiones del mundo, interpretaciones de la realidad, patrones de conducta, referencias y valoraciones como tradicionalmente han proporcionado la familia y el centro escolar. Cómo hacerlo sin sentir que los y las adolescentes respetan más el saber de sus profesores que el de esos otros actores, desconocidos e incontrolados, o el de ellos mismos, cuya experiencia con las nuevas modalidades comunicativas es muy superior a la de sus profesores y les ha dado un bagaje de conocimientos, aunque los hayan conseguido de forma poco metódica.

Aparte de que muchos adultos hayan podido verse desplazados en el sistema productivo porque el manejo de las TIC se ha convertido en una destreza muy importante para obtener y prosperar en los empleos, los padres y profesores con menor dominio tecnológico probablemente perciben que está invirtiéndose su relación jerárquica con los más jóvenes, al verse respecto a ellos en una posición subordinada, al menos cuando se trata de solventar un problema técnico.

En efecto, aquellos jóvenes que han visto en las TIC un elemento más de su entorno, las usan como se usa un juguete y aprenden sus mecanismos y su lógica de funcionamiento a base de prueba y error, sin leer previamente manuales de instrucciones, sin temor a que la máquina se rompa y no pueda comprarse otra. Aprenden sorteando las dificultades con las que se encuentran para conseguir algo concreto (conectarse, chatear, comprimir o enviar un archivo). Y, simultaneando la manipulación del móvil, del ordenador o del reproductor de MP3 con la atención a otras cosas y a velocidades que escapan al seguimiento de muchos adultos, lo que genera una cierta impotencia y malestar en algunos padres y profesores.

Se comprende que los educadores deben estar planteándose cuál es su papel o cómo pueden intervenir en la “alfabetización tecnológica” (por llamarla de algún modo) de los adolescentes, cuando muchos de ellos saben mejor que los primeros cómo hacer las cosas con el hardware y el software de cada dispositivo. No en vano, se trata de la primera generación nacida con la tecnología digital.

En muchas ocasiones, la “alfabetización ” a cargo de los padres y educadores –sobre los que recae la responsabilidad del acceso de los menores a contenidos perjudiciales para ellos- es completamente imposible, pues no se da ni siquiera la condición más elemental, que es saber por dónde “navegan” sus hijos o sus alumnos; qué buscan y qué encuentran, por ejemplo, a través de los traspasos P2P; qué graban y se envían en documentos de audio y video, de texto y de fotografía.⁽¹³⁾

Ciertamente, no parece que, en estas circunstancias, la función del educador pueda ser la de transmitir conocimientos instrumentales, salvo en los primeros ciclos del sistema educativo. A partir de la Enseñanza Secundaria, la mediación de los profesores no podrá estar orientada a que los alumnos *sepan hacer* cosas con la tecnología, sino más bien a *hacerles saber* cómo pueden distinguir un documento con más validez de otro con menos, o hacerles pensar sobre sus relaciones sociales a partir de usos de las TIC que ya son cotidianos: por ejemplo, encontrar empleo, médico, segunda residencia o pareja.

Los profesores con competencia, y -de acuerdo con ellos- los padres con competencia y tiempo para los hijos, tienen mucho que enseñar a los adolescentes y adultos jóvenes, siempre que el punto de partida sea una valoración positiva de: a) lo que puede conocerse y hacerse con las TIC y b) la satisfacción y el estímulo que proporciona a los jóvenes cada logro alcanzado en el momento presente o en el plazo más corto posible. Desde ahí, cabría avanzar hacia el análisis sosegado de cómo son los productos culturales que circulan en nuestro tiempo y el valor que debe atribuírsele.

Cierto renacer de la escritura a través de las TIC es compatible con el continuado vigor de la expresión no verbal.

Los adolescentes y jóvenes que aún no ocupan una posición estable en la estructura social absorben elementos culturales de todas las fuentes. Hemos hecho referencia a algunas circunstancias que contribuyen a la búsqueda de espacios intersticiales y a la generación de códigos adaptativos: se muestran receptivos a valores de la cultura global y de las locales; de la comunicación de masas y de las redes; de los amigos y de los padres y profesores con los que interactúan; de la enseñanza ordenada y magistral cuando la perciben así y de la que perciben como institución tan desconcertada y desamparada como ellos mismos. Pero, al tiempo, la pertenencia a la cultura global y el refugio en las culturas locales, la vinculación a otros jóvenes y al mundo adulto, la comunicación de masas y la comunicación en red, los mandatos de obedecer y ser original, la escuela obligatoria y la escuela desbordada proporcionan amplios repertorios de referentes, conductas, valores, etc., poco claros y, en algunos casos, contradictorios.

Junto a las circunstancias descritas, naturalmente, hay otros elementos que podríamos situar también como condiciones entre las que se mueven los jóvenes y que se asocian a sus códigos expresivos: por ejemplo, los valores predominantes en cada época y grupo social, a veces también contradictorios, como la preocupación por la salud (que se traduce en la práctica por elegir un tipo de bares, decorados de una cierta manera) y la disposición de salir para emborracharse (participando en un gran *botellón*); o el deseo de tener una vivienda en propiedad (lo que supondría ahorrar, en lo posible de sus propios ingresos, para tener esa satisfacción a largo plazo) y el de comprarse lo que les gusta y gusta en su grupo de amigos (que implica optar por manifestar una identidad social y obtener una seguridad endogrupal de manera inmediata).

(13)

De vez en cuando, se enteran las autoridades policiales y judiciales cuando encuentran en los teléfonos móviles grabaciones de video de contenido violento (palizas) producidas como carnaza que alimenta la pulsión escópica de jovencitos bien alimentados materialmente, que no han encontrado, ni en ellos ni fuera de ellos, reparos para comportarse como vándalos brutales, con tal de divertirse haciendo tal clase de audiovisuales y compartiéndolos con la pandilla.

La interiorización de creencias y valores que son entre sí contradictorios fue entendida por A. Muñoz Carrión y J. Avello Flórez (2002: 39) como “el fenómeno cultural que a nuestro juicio explica el empobrecimiento verbal de las culturas juveniles, sumidas las más de las veces en contradicciones paradójicas que les imposibilitan el recurso al **logos**; por el contrario, parecen estar atrapadas en el **mythos**, en el universo de la emotividad que apenas tiene otras salidas que la expresión no verbal, el gesto y en general, los valores estéticos y la acción directa. Pero una acción dimensionada por el propio compartimento que el sistema social le cede; una acción lúdica que emerge más de lo sensible que de lo inteligible”.

Si ese empobrecimiento verbal viene observándose de modo más acusado desde los años ochenta, es evidente que valdrá la pena estudiar las características y el desarrollo del fenómeno desde distintos ángulos: la antropología, la psicología, la sociología o la lingüística, entre otras disciplinas, habrán de ocuparse del tema. La observación de las características técnicas de las modalidades comunicativas que hace posible el manejo de las TIC -y el modo de utilizarlas- también puede arrojar alguna luz al respecto. ¿Favorece la expresión verbal o la no verbal cada una de estas modalidades? Aún cuando técnicamente sea posible la producción de todo tipo de expresiones, es probable que sigan decantándose por la no verbal quienes tienen más dificultades para abrirse camino entre esas “contradicciones paradójicas que les imposibilitan el recurso al **logos**”.

Los artículos que siguen, en este mismo número de la Revista de Estudios DE JUVENTUD, ilustran el vigor de las expresiones no verbales y de las verbales que no componen un discurso racional; o, si se prefiere, que no conforman un relato. El vigor de las prácticas de tatuaje, piercing y otros ornamentos corporales; el de los graffitis y el hip-hop en su conjunto; el de la música pop en inglés, donde las letras de las canciones importan poco; el de las modas en el vestir y sus revistas-catálogos; el de las videograbaciones morbosas de concursos con los que se consigue la fama; o el escasamente argumental lenguaje con el que se presenta el éxito en las revistas para adolescentes o en la publicidad.

La comunicación a través de Internet tenía que servirse primariamente del lenguaje escrito, toda vez que no existía la posibilidad de introducir otras formas expresivas. Y el lenguaje escrito está más asociado al discurso racional que “el lenguaje de la imagen” o “el lenguaje del sonido”. Pero, a medida que fueron apareciendo recursos como los *emoticonos*,⁽¹⁴⁾ los usuarios los adoptaron enseguida y los reprodujeron incansablemente. En nuestros días, el intercambio de fotos y videos no cesa de crecer, como muestra el espectacular éxito de la web youtube.com. Nada de ello empece para que sigan adelante los chat rooms y toda clase de foros donde se dialoga. Pero dialogar, en este caso, se parece más a hablar que a escribir.

Los programas actuales de mensajería instantánea permiten, además de escribir con teclado, realizar trazos para escribir o dibujar con el ratón, lo que personaliza la expresividad y puede convertirse, a la vez, en una forma de alejamiento de la escritura reglamentada. Una más de las opciones existentes que hacen posible el uso de códigos particulares en lugar de códigos generales, junto con una mayor libertad y -en el mejor de los casos- tal vez mayor riqueza expresiva. En la práctica, lo más habitual es que se intercalen palabras con imágenes estandarizadas para estos intercambios: emoticonos faciales, de objetos cotidianos (sol, cerveza, etc.) o gestos con la mano.

(14)
Combinación de signos para generar con ellos un dibujo, algo jeroglífico. Véase la voz “emoticon” en wikipedia.com

En el caso de los mensajes cortos del móvil “se produce una sugerente combinación entre rasgos escritos y orales-coloquiales” –señala Carmen Galán en su artículo. El teléfono celular pasó de usarse para hablar, como si fuera un teléfono más, a usarse también –especialmente entre jóvenes- para mantenerse en contacto con una escritura cifrada, penetrada de emoticones. Pero, últimamente, se usa también para grabar y emitir videoclips, como se indicó en un epígrafe anterior.⁽¹⁵⁾

La expansión de la blogosfera (artículo de Isabel Repiso) ha sido entendida como un claro y exitoso ejemplo de práctica de la escritura y, aunque no todo en la escritura sean razonamientos, demuestra que los jóvenes escriben tanto como los no jóvenes y no sólo para expresar el universo de la emotividad. Sin embargo, también al blog del relato escrito (o cuaderno de bitácora) le han salido importantes competidores que se alejan más del logos, pues el photoblog, el audioblog y el video blog (también “v-blog” o la contractura “vlog”) han traído a la blogosfera la expresión no verbal: intercambio de imágenes, fijas o en movimiento, con sonido o sin él, pero sin texto que cuente algo, haciendo que el sentido dependa mucho más de quien lo recibe y sus circunstancias.

Naturalmente, a ciertas formas de escritura, deben corresponder ciertas formas de lectura. La digitalización y el hipertexto, por ejemplo, permiten a los lectores fragmentar la estructura de los textos y convertir el ejercicio de leer en juego de rayuela, organizable a gusto del consumidor. Lectura intermitente, de recorridos sinuosos, desjerarquizados o anárquicos. La figura del lector anárquico –han señalado Mario Domínguez e Igor Sábada en un artículo muy recomendable sobre este tópico- hasta ahora representada sobre todo por los jóvenes, está destinada a multiplicarse y llegar a convertirse en el modelo hegemónico del futuro próximo (2005: 36).

Conclusión.

La cohesión y la reproducción social hacen aconsejable evitar que la “cultura juvenil” sea concebida como subcultura particular y el “lenguaje juvenil” como sistema de reglas igualmente particulares, jerga de amigotes, alejadas de los códigos comunes, entendiendo que una parte de la población denominada “los jóvenes” disponen de un mundo propio en lo simbólico, a la vez que comparten con el resto un solo mundo material. Porque, si se planteara de este modo, quizá estaríamos dejando de ver la cara más importante del problema: la deficiente culturización o integración simbólica en la sociedad, que tampoco debe ser “sociedad de los adultos”, sino sociedad de todos, sin “mundos propios” para jóvenes, adultos o mayores; judíos, moros o cristianos; blancos, negros o amarillos.

El déficit simbólico del que adolecen muchos jóvenes es fruto, en buena parte, de cambios sociales que crean grandes dificultades a ciertas instancias que tradicionalmente han cumplido, y aún se espera que cumplan, la función de proporcionar referencias y criterios claros para manejarse en la vida: familia, Iglesia, escuela, vecinos mayores y, en general, todas aquellas personas a quienes los progenitores han ido reconociendo autoridad para hacerlo. Como consecuencia de esas dificultades, existe el riesgo de que los clásicos agentes sociales de culturización vayan dejando de ser referentes legitimados y sostenidos entre sí y, con ello, resulten inoperantes para ofrecer a los adolescentes un conjunto axiológico común, en torno a la responsabilidad de la acción individual y colectiva, los proyectos y los esfuerzos necesarios para cumplir objetivos a medio y largo plazo.

(15)

El video grabado en el móvil puede ser tan variado como el que se graba en las videocámaras más tradicionales, pero lamentablemente, suele darse noticia pública de la producción y grabación de la violencia sin más sentido que dar gusto a la vista.

Cuanto más deficiente sea la integración simbólica en una ciudadanía y una cultura común, más probable es el regreso a la tribu, la pandilla o cualquier otra forma de reducto más o menos marginal; y, con ello, al argot o la jerga particular. Si los jóvenes utilizaran sólo códigos culturales particulares (en la expresión artística, la indumentaria corporal, los giros lingüísticos, etc.), la cohesión social estaría menos asegurada a un nivel macrogrupal. Habría más comprensión en el interior de cada comunidad o colectivo juvenil, pero, a la vez, un mayor riesgo de que no exista suficiente comunicación y entendimiento entre los distintos microgrupos como para que se sientan parte de un mismo macrogrupo.

Desde su reducto, el grupo constituido formal o informalmente tiende a sentir el conjunto social como un mundo ajeno que ni ha contribuido a crear ni le toma en cuenta; un mundo que no le merece más consideración que la que perciben en el trato hacia ellos. La pandilla, por ejemplo, puede llegar a ser una microsociedad muy poco sociable con el exterior, del que, sin embargo, se cuelga, en lo que puede, para subsistir. En el plano de la comunicación, también es el caso extremo de alejamiento de la expresión racional, pública y debatible de lo que existe, lo que ocurre o lo que se desea; y su sustitución por el gesto o la mera conexión, que, en todo caso, connota algo (¿unión?, ¿compañía?, ¿adscripción?), pero no denota nada con claridad.⁽¹⁶⁾

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Avello Flórez, J. y Muñoz Carrión, A. (2002): "La comunicación desamparada. Una revisión de paradojas en la cultura juvenil"; en Rodríguez, Félix (2002): *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel

Brooks, David (2005): "Gangsta, in French"; en THE NEW YORK TIMES, 10 de noviembre

Bucholtz, Mary (2000): "Language and youth culture"; en *American Speech* 75-3, pp. 280-283

Canteras, Andrés (2003): *Sentido, valores y creencias de los jóvenes*. Madrid: Instituto de la Juventud

Domínguez, Mario y Sádaba, Igor (2005): "Transformaciones en las prácticas culturales de los jóvenes. De la lectura como ocio y consumo a la fragmentación neotecnológica"; en *Revista de estudios DE JUVENTUD* nº 70, septiembre. Madrid: Instituto de la Juventud.

Feixa, Carles y Porcio, Laura (2004): "Los estudios sobre culturas juveniles en España (1960-2003)"; en *Revista de estudios DE JUVENTUD* nº 64, marzo. Madrid: Instituto de la Juventud.

Gil Calvo, Enrique y Menéndez, Helena (1986): *Ocio y prácticas culturales de los jóvenes*. Madrid: Instituto de la Juventud.

Martín Serrano, Manuel (1976): *La mediación social*. Madrid: Akal

Puig, Quim (2002): "El fandom como estilo de vida: fanzines españoles (1976-2000)"; en Rodríguez, Félix (2002): *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel

Rodríguez, Félix (2002): *Comunicación y cultura juvenil*. Madrid: Ariel

(16)

Como es obvio, no son únicamente "los jóvenes" y sus pandillas los que participan de una sociabilidad muy relativa y una integración simbólica cogida con alfileres: el acatamiento de las normas sólo en lo que interesa o resulta imprescindible para lograr algo, el alto escepticismo sobre el funcionamiento de las instituciones, el escaso respeto a sus representantes y cierta apropiación de espacios son características de otros grupos humanos que operan respecto al conjunto social de forma análoga a las pandillas juveniles y con idénticas consecuencias: eludir el compromiso y la participación en una sociedad común, la discusión sobre las formas de ver y actuar en el mundo, el debate sobre la articulación de la convivencia

